

ANALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA

Año III

1977

Núm. 5

ÍNDICE

	Pág.
Ramón Arnau: El diaconado como carisma y ministerio	1
Miguel Antolí Guarch: La Iglesia revisa su actitud cara a la política	25
Vicente Cárcel Ortí: La Santa Sede y la revolución de 1868	55
Manuel Ureña Pastor: Esencia y formas de la apologética	115
Notas:	
Juan José Garrido: A propósito de un libro sobre lenguaje religioso	143
Adela Cortina: A propósito de un libro sobre relaciones entre Ciencia y Religión	159
Recensiones	175

LA IGLESIA REVISASU ACTITUD CARA A LA POLÍTICA

Por Miguel Antolí Guarch

“Los cristianos y la política” o “la Iglesia y la política”, son temas que hoy se airean frecuentemente en los artículos de las revistas teológicas e incluso ocupan libros enteros. Cada vez parece más ineludible replantear la actitud cara a la política partiendo de las exigencias de la propia fe cristiana. Un influjo decisivo lo ha supuesto la actitud del Concilio con su orientación de simpatía y de servicio cara al mundo. Con ello fueron respaldados y potenciados los estudios que los teólogos venían haciendo especialmente a partir de los años 40. Se puede decir que la Iglesia en su conjunto, en su cabeza y en sus miembros, está revisando su postura cara al tema y cara a la tarea política. Con estas consideraciones nos proponemos aportar y concentrar un poco de luz sobre este problema que consideramos de plena actualidad.

El problema se plantea a nivel de los altos jerarcas de la Iglesia con derivaciones de notable trascendencia, a nivel del sacerdote cara a las esferas locales, y a nivel del seglar comprometido que actúa en esferas muy concretas e inmediatas.

El interrogante a veces se sintetiza en la relación entre política y religión. No raras veces la balanza se inclina en el sentido de que la religión no tiene nada que ver con la política y que, por tanto, “la Iglesia no debe meterse en política”. Lo curioso es que esta tesis es mantenida simultáneamente con una práctica que es todo lo contrario. Como botón de muestra puede verse la iglesia española, que durante lustros ha sido uno de los pilares en que se ha apoyado una política bien concreta.

Los hombres de la política, aunque son capaces de aceptar con gusto un apoyo ideológico por parte de la Iglesia, con frecuencia se muestran muy susceptibles cara a la intervención de la Iglesia en el campo político. No es todo paz y digno de feliz memoria lo que a través de los tiempos se ha verificado en esos campos fronterizos entre religión y política. Con razón dice B. J. de Clercq que “en torno al tema subsisten todavía muchas heridas sin cicatrizar, muchas pasiones aún palpitantes. Es una cuestión con un triste pasado a las espaldas, que amenaza de continuo con venir

a envenenar la discusión objetiva sobre la situación actual".¹ Ese parece ser el clima en que suelen plantearse los problemas entre ambas potestades, particularmente en los países latinos, que ya cuentan con una larga historia de mutuas influencias. Los responsables de ambos lados deberían pensar menos en su función de poder y en los derechos que han de defender, y subrayar su función de servicio a unos hombres que son a la vez políticos y religiosos. La superación de viejos y ancestrales prejuicios junto con una mentalidad nueva y joven puede ser la mejor disposición para trabajar adecuadamente en ese campo que les es común.

La cuestión no parece estar del todo clara a juzgar por lo que recientemente han dicho los obispos franceses: "Problemas nuevos han surgido en estos últimos años, los cuales proceden, en particular, del doble movimiento que conduce a la Iglesia y a sus responsables, por una parte a guardar cierta distancia frente a los poderes públicos, así como frente a todas las tendencias políticas, y, por otra parte, a intervenir con más frecuencia en asuntos políticos en nombre mismo de su misión religiosa".² Nada tranquilizador, sin duda agravado por la peculiar situación italiana, es el panorama que nos presenta G. de Rosa: "El problema de las relaciones entre fe y política, entre Iglesia y política, ya difícil por sí mismo, está resultando cada vez más tempestuoso para la conciencia cristiana, hasta el punto de ser uno de los más graves motivos de división y disensión incluso dentro de la Iglesia".³ No sorprenden estos resultados en Italia, dado el estilo en que se ha planteado el problema estos últimos años, estilo que no parece brillar por su acierto.

Cabría esperar que con un replanteamiento desapasionado del tema y con una acentuada actitud de servicio al hombre, se convirtiera en realidad el buen resultado que preconiza B. J. de Clercq: "Podemos esperar que nuestra época verá el fin de los funestos conflictos entre la política y la religión".⁴

El problema que aquí se plantea, no se reduce a un simple cambio de pautas de conducta; lleva consigo un serio planteamiento teológico. "Se auspicia el nacimiento de una nueva 'teología política', que sea no tanto una teología de la política, como una teología empeñada políticamente".⁵ Parece justificado resaltar que no se trata o no debe tratarse de

¹ *Religión, ideología y política*, Salamanca, 1971, pág. 11.

² "Para una práctica cristiana de la política. Religión, Iglesia y fe" (30 oct. 1972), en: I. Martín, *La Iglesia y la comunidad política*, Madrid, 1975, pág. 149.

³ "Gesù e i problemi del suo tempo", *La Civiltà Cattolica*, 125 (1974), I, pág. 216.

⁴ O. c., p. 141.

⁵ F. Giardini, "Conflitto o collaborazione fra attività politica e vita cristiana", *Angelicum*, 47 (1970), pág. 344.

promocionar una teología política, como distinta de una normal teología no política, como si pudieran existir legítimamente las dos. Tampoco satisface al movimiento teológico actual, que la teología trate de la política como uno de los muchos temas. Una teología “empeñada políticamente” parece exigir algo más. El aspecto político debe ser una dimensión que comprometa a toda la teología. No se trata de crear una nueva teología que se permita el lujo de ser política, sino de reconocer que a la teología cristiana le es normal y esencial el ser política. Esta afirmación puede resultar, a primera vista, una exageración. Pero si se sacaran todas las consecuencias del hecho de que el segundo gran mandamiento del cristianismo es el amor al prójimo, y que ese amor no ha de quedar en puro sentimiento interior sino que se ha de traducir en obras concretas, puede que dicha afirmación no pareciera tan fuera de tono. Hay que liberar a la teología de su etiqueta de moda de “política”. Todo lo que pueda significar este calificativo, debería quedar incluido en la teología cristiana sin más añadidos. De momento, tal vez sea provechoso que siga existiendo el calificativo de “política” como llamada a la teología cristiana para que sea lo que debe ser.

Hermanas de la “teología política” son la “teología de la esperanza” y la “teología de la liberación”. “El contexto en el cual han nacido y se han desarrollado tales teologías es el de la Iglesia postconciliar, empeñada en la búsqueda de una relación nueva de apertura al mundo”.

Pero en el origen de este proceso de reflexión está todo el trabajo teológico de los años 40/60 con el esfuerzo de elaboración de una teología de la historia y del mundo, capaz de hacernos superar los dualismos del pasado y de restituir al mensaje cristiano y a la Iglesia una incidencia real.⁶

Esos estudios teológicos de alto nivel se ven correspondidos por un nuevo planteamiento a nivel pastoral. Una nueva inquietud está urgiendo la conciencia tanto de los pastores como de los laicos.

Una de las características de la Iglesia a lo largo de los últimos años es que cada vez más, los cristianos han sido conducidos a intervenir colectivamente en materia política.⁷

La problemática sobre la relación “cristianos y vida política”, en nuestro tiempo ha cambiado radicalmente. Si antes el cristiano se preguntaba cómo vivir la propia fe al margen de la política... ahora se pregunta conscientemente sobre el modo de vivir su adhesión a Cristo en la política.⁸

⁶ G. Piana, “Fede e impegno politico. Ricerca dell’ identità cristiana”, *Rivista di Teologia Morale*, 5 (1973), págs. 467-468.

⁷ Conferencia Episcopal Francesa, O. c., en: l. c. pág. 142.

⁸ L. Lorenzetti, “Cristiani e chiese nella vita politica. Riflessioni su la LXX settimana sociale di Francia”, *Rivista di Teologia Morale*, 5 (1973), pág. 562.

El cambio de actitud se puede considerar como un hecho que va creciendo en extensión. Esto naturalmente provoca las comprensibles tensiones, en las que no dejan de aparecer las posiciones extremas. Mientras unos exigen a la jerarquía que se dedique sólo a la misión de predicar el Evangelio y administrar los sacramentos, al margen de toda ingerencia en los problemas sociales, económicos y políticos que afligen a la sociedad humana, otros le exigen que se olvide de su función pastoral y se ocupe en una actividad puramente social, económica y política. Estas posturas, más o menos acentuadas, son y serán por largo tiempo una fuente de disgustos y de polémicas. Lo que cada vez va a ser menos frecuente será la cómoda abstención en ese terreno.

La corriente va intensificándose en la línea de que no se puede limitar la acción al terreno de las palabras y pronunciamientos, sino que es preciso participar en compromisos y actividades concretas. Un buen exponente de ese estilo es la decisión del Consejo Ecuménico de las Iglesias de comprometerse en una acción de información y de apoyo financiero en la lucha contra el racismo. Cuanto más se descende al terreno de las opciones concretas, más se agudiza la polémica. Con ello los cristianos se ven obligados a revisar sus posturas y a buscar el respaldo doctrinal de sus actuaciones. Los temas y los aspectos sociales de la revelación, van siendo puestos de relieve y pasan a ser unos de los causantes de esa nueva conciencia que se va creando entre los cristianos.

Esta nueva orientación es saludada con gusto por parte de los obispos franceses: “La evolución cultural y el descubrimiento por muchos de su responsabilidad política conducen a un cambio feliz. Numerosos cristianos aspiran a vivir la fe en la política y la política en la fe”.⁹

Merece subrayarse la apelación a esa “evolución cultural”. Los cambios no se dan aisladamente. Es un conjunto muy significativo de factores culturales el que se ha visto sometido a la fuerza creadora de la historia. El peso transformador ha hecho acto de presencia muy claramente en el campo social o de interrelación. “Entre los principales aspectos del mundo actual, hay que señalar la multiplicación de las relaciones mutuas entre los hombres”.¹⁰ En señalar ese aspecto ya se había adelantado la *Mater et Magistra*: “Uno de los aspectos típicos que caracterizan nuestra época es la socialización, entendida como un progresivo multiplicarse de las relaciones de convivencia, con diversas formas de vida y de actividad asociada, reconocidas muchas veces por el derecho público y privado”.¹¹

⁹ O. c., en: l. c., pág. 130.

¹⁰ *Gaudium et Spes*, n. 23.

¹¹ n. 59.

Se podrá decir que el hombre, ser social por naturaleza, siempre ha creado sus organizaciones sociales. Es cierto. Lo que se señala como característico de esta época es la intensificación de ese fenómeno, a cuyo desarrollo ha contribuido decisivamente el moderno progreso técnico, como reconoce la *Gaudium et Spes* en el lugar citado.

Con esta transformación cultural, ¿no se habrá expandido un nuevo campo para la actividad consciente y creciente de los cristianos? La respuesta afirmativa a este interrogante sería la mejor explicación de esa efervescencia que afecta a los cristianos cara a la actividad social y política.

Habrà que reconocer, pues, una cierta novedad a la hora de afrontar esta tarea. Por tratarse de un campo muy complejo, es comprensible que los diversos grupos y los distintos teólogos vayan llegando a respuestas diferentes. “Las vicisitudes de los tiempos nos llevan de prueba en prueba, de experiencia en experiencia, de ensayo en ensayo. Con otras palabras: las comunidades tienen bastante que aprender en lo que se refiere a su compromiso político”.¹² Pensadores y militantes cristianos conjuntamente, se encuentran ante el desafío histórico de saber adoptar una postura creadora en su respuesta dentro del grandioso campo de la política. Los numerosos estudios que se están realizando junto con las múltiples experiencias y compromisos de todo tipo, quizás puedan justificar las esperanzas optimistas de J. M. Paupert: “Nos parece que en el momento actual, por la evolución de los diversos estatutos y por el hecho de una ferviente renovación interior, la Iglesia está a punto de redescubrir los términos esencialmente evangélicos del compromiso político”.¹³

En este sentido de búsqueda de una postura adecuada, se debe entender la exhortación de los obispos franceses: “Los obispos sienten la necesidad de interpelar a los cristianos en nombre de Jesucristo, a fin de que en el interior del combate por el hombre, en la diversidad de sus raíces y de sus opciones políticas, sientan el deseo y se procuren los medios para hallar una práctica cristiana de la política”.¹⁴

1. NOCIÓN Y VALOR DE LA POLÍTICA

Es de primera necesidad el que se adquiera y se difunda una idea adecuada acerca de la política. Para muchos la política es algo vago y mal definido, pero que lleva consigo una carga muy negativa, algo así como si se tratara de materia contaminante, la fuente de todos los males. Es

¹² N. Greinacher-A. Müller, “Presentación”, *Concilium*, 84 (1973), págs. 6-7.

¹³ *Por una política evangélica*, Barcelona, 1967, pág. 22.

¹⁴ O. c., en: l. c., pág. 130.

también un tema que provoca rápidamente un clima de enconadas polémicas. Por eso llega a ser un tema que se esquivo o se desprecia. Los antecedentes históricos, que laten en el fondo de las conciencias, pueden tener su parte de responsabilidad. Los obispos mejicanos dicen algo que sería aplicable a muchos países: "Es por todos conocido que existe desinterés e ignorancia en muchos de los ciudadanos respecto a la vida política. No pocas personas llegan incluso a menospreciar a quienes deciden realizar esta noble actividad. Este indiferentismo y desinterés se amparan detrás de la imagen deformada de la política que se ha ido creando en nuestro país por la falta de verdad en la vida social, por la demagogia, por la insatisfacción en la representación democrática, por la corrupción y por otras causas que cada quien aduce según su propia experiencia e interpretación".¹⁵

Hay que poner bien en claro que ésta no es la única visión que se puede tener, ni la única forma de vivir la política. La verdadera noción de política ofrece horizontes más atractivos.

La política tiene como cometido propio la organización de la ciudad, la administración del bien común, que hoy no se limita a la ciudad, sino que, extendiéndose a toda la patria, trasciende las fronteras y adquiere dimensiones mundiales. Debe atender a todo lo que tiene relación con la vida social del hombre. La verdadera política consiste en el esfuerzo constante por instaurar el orden y la justicia, por definir el bien común y por promoverlo, aunque sienta la presión de los intereses privados, de las ambiciones particulares y de la violencia de las pasiones.¹⁶ El campo en el que se ejercita la política no tiene nada de cómodo ni suave; pero hay ciudadanos que tienen capacidad y afición para desenvolverse en él. Estos, y cuantos más les acompañen mejor, han de ser llevados por su conciencia al compromiso político, entendido como "la presencia responsable del ciudadano en la vida de su comunidad". La tarea no tiene por qué estancarse e inmovilizarse; su objeto se modifica con el tiempo. La acción política debe situarse en un marco muy grande: debe llevar al ciudadano a participar en la construcción de la historia.¹⁷

La acción política está íntimamente relacionada con la conquista y el ejercicio del poder. Aunque parece justo afirmar que se puede hacer política al margen del poder, también hay que reconocer que la política normalmente se ejerce a través de los órganos del poder. El derecho y la justicia han de ser respaldados por el poder, del mismo modo que el

¹⁵ Conferencia Episcopal Mejicana, "El compromiso cristiano ante las opciones sociales y políticas (18 oct. 1973), núms. 99 y 100, en: I. Martín, O. c., pág. 524.

¹⁶ B. J. de Clerck, O. c., pág. 68.

¹⁷ B. Sorge, "Evangelizzazione e impegno politico", *La Civiltà Cattolica*, 124 (1973), IV, pág. 16.

poder necesita estar respaldado por el derecho. “La política es el entrelazamiento del derecho y del poder: el derecho legitimando al poder, y el poder valorizando al derecho”.¹⁸

La idea que acabamos de dar de política, nos ofrece el criterio para distinguir fácilmente entre la buena y la mala política. La actividad política es honesta cuando se pone al servicio del bien común de la sociedad en la que se desenvuelve. Por el contrario, si la intención primaria de la política es procurarse beneficios personales y privados, realizando los propios intereses o los del grupo o clase a la que se pertenece, la política queda distorsionada de su fin natural y se convierte en deshonesta.¹⁹ “En la política, como en el resto de la vida, es posible vivir la fe y también es posible negarla... Vivimos la fe en la vida política cuando nos servimos de ella para promover el bien común; pero cuando nos ausentamos de la vida política o nos valemos de ella para fines egoístas, negamos la fe y el amor a Dios y a los hermanos”.²⁰ Notemos cómo los obispos mejicanos califican como política deshonesta, no sólo la egoísta sino también el desentenderse de la actividad política.

No es, pues, meta suficiente de la actividad política la adquisición y la defensa del poder.

Una tentación en la que puede caer la política es la de tratar de imponer a todos una determinada ideología, lo cual conduciría a una dictadura de los espíritus, que es considerada como la peor de las dictaduras. Es conveniente que la acción política esté orientada y animada por un amplio sentido del hombre y de la sociedad, por convicciones que se nutran en una concepción completa de la vocación humana. Pero el respaldar estas convicciones es más bien tarea de los grupos culturales y religiosos, que lo harán de una manera desinteresada y por caminos propiamente espirituales.²¹

Las esperanzas que se ponen en la acción política son muy notables. “La historia nos ha hecho claramente conscientes de que somos nosotros, con nuestras opciones libres, con nuestras intuiciones y con nuestros errores, los que orientamos las relaciones humanas en una dirección más que en otra. Hoy estamos todos en la búsqueda de un proyecto nuevo de sociedad, y nos sentimos corresponsables moralmente del perdurar de un ‘statu quo’ indigno del hombre”.²²

¹⁸ B. J. de Clercq, O. c., pág. 69.

¹⁹ F. Giardini, O. c., pág. 359.

²⁰ Conferencia Episcopal Mejicana, O. c. núm. 102, en: l. c. pág. 525.

²¹ R. Heckel, “¿Qué es la política?”, en: *Política y fe, Salamanca, 1973*, págs. 43-44.

²² B. Sorge, O. c., pág. 17.

Ante una responsabilidad en que se ponen en juego los destinos de la humanidad de hoy y de mañana, la conciencia de los cristianos parece sentirse inquieta en una medida superior a la de otros tiempos. La fe necesita expresarse con hechos reales, y no raras veces se cuestiona acerca de su eficacia. Por la amplitud y profundidad de su impacto, la acción política ofrece a la fe un campo excepcional para probar su fecundidad al servicio de los hombres.²³

Una meta fundamental de la acción política es la liberación del hombre; hay que humanizar la realidad social y vencer la alienación a la que se ve sometido el hombre. La acción política aperece como la encargada de cuestionar las estructuras fundamentales de la sociedad, sustituyéndolas por otras nuevas, que transformen el entorno e influyan en la misma mentalidad de los hombres. Esta labor no puede realizarse de una vez por todas. Hay que ir fijando metas a corto y a largo plazo, tendentes a esa liberación final. Esas metas intermedias tampoco pueden ser fijadas de una vez para siempre; esto expondría al peligro de una teoría y práctica totalitarias. Hay que descubrirlas en un esfuerzo común y atentos a las posibilidades que ofrece cada momento histórico.²⁴

Los obispos mejicanos reconocen a la acción política una incomparable eficacia contra los vicios sociales que consideran muy arraigados, "porque encuentran apoyo en nuestra mentalidad, porque cuentan con cierta base legal, real o ficticia, y porque la organización social facilita su permanencia. La corrección de estos vicios es imposible mediante acciones puramente personales o individuales; requiere la acción organizada que luche por cambiar la mentalidad, la pretendida o real base jurídica y los modos concretos de relacionarse". Para conseguir esto se requiere "la acción política en sentido estricto, esto es, aquella que lucha por la adquisición y el ejercicio del poder para lograr estructuras más justas y conformes al plan de Dios".²⁵

La política resulta un campo interesante para el combate del cristiano. "La gran misión de aquéllos que ejercen la política es la de buscar constantemente la victoria de la justicia sobre la injusticia, de la paz sobre la guerra, de la reconciliación sobre los antagonismos, del amor sobre el odio, de la participación sobre la mera acumulación de bienes, no sólo en el ámbito interpersonal, sino también en el ámbito comunitario de la sociedad nacional e internacional".²⁶

²³ R. Heckel, "Hacer frente a los problemas de hoy", en: *Política y fe*, Salamanca, 1973, pág. 21.

²⁴ N. Greinacher, "Praxis del compromiso político de la comunidad cristiana", *Concilium*, 84 (1973), págs. 83-84.

²⁵ Conferencia Episcopal Mejicana, O. c., núms. 93 y 94, en: l. c., pág. 523.

²⁶ Conferencia Episcopal Brasileña, "Los aspectos más salientes de la vida po-

Hay que reconocer que el interés de los cristianos por la política no está a la altura de los valores que en ella se pueden cultivar ni de las virtudes que se pueden ejercitar. No resulta difícil ver el espacioso campo que se abre en la política al ejercicio de la caridad, del amor desinteresado a los demás. Esa vocación de amor universal que constituye el núcleo de la vocación cristiana, se encuentra hoy ante la ocasión de poder realizarse en una proporción hasta ahora desconocida a través de un empeño permanente en organizar y administrar mejor el bien común. Esta intención universal se traduce por exigencias relativas a la legislación social, a la política económica y a la planificación, en una palabra, a todo el conjunto de instrumentos que permiten al hombre, hoy día, manipular los distintos condicionamientos de la vida social. La ética cristiana está llamada a influir en la política y encuentra en ésta un cauce para ejercitarse y demostrar su vitalidad. “La política ofrece un camino serio y difícil —aunque no el único— para cumplir el deber grave que el cristiano tiene de servir a los demás”.²⁷

“Si es verdad que nuestra época está viviendo el final de un largo conflicto, de peripecias múltiples, entre el cristianismo y la política, se ofrece a los cristianos la posibilidad inédita de hacer la verdad de la fe más efectiva, con su acción y sus posiciones políticas, en beneficio de sus contemporáneos”. Esto nos lleva a una revalorización de la política como tal, al reconocimiento de las posibilidades intrínsecas de lo político como instrumento de realización de la caridad cristiana.²⁸

No parece estar muy lejos de esta conclusión la *Gaudium et Spes*, cuando dice: “El deber de justicia y caridad se cumple cada vez más contribuyendo al bien común según la propia capacidad y la necesidad ajena, promoviendo y ayudando a las instituciones, así públicas como privadas, que sirven para mejorar las condiciones de vida del hombre”.²⁹

Los obispos mejicanos reconocen a la participación política una función educativa de la persona: “La acción política es noble porque construye la sociedad impulsando la realización más amplia de las personas: responsabiliza de la promoción del bien común de la comunidad despertando en las personas el dinamismo que hace posible la vida social; abre a las personas al campo amplísimo de la dimensión comunitaria de su existencia, al mismo tiempo que va cerrando las puertas estrechas del individualismo. La acción política, realizada con autenticidad, es un ins-

lítica, su consideración a la luz del Evangelio y la misión de la Iglesia en el campo social, económico y político” (25-VII-1974), núm. 20, en: I. Martín, O. c., pág. 365.

²⁷ *Octogesima Adveniens*, núm. 46.

²⁸ B. J. de Clercq, O. c., págs. 139-142.

²⁹ n. 30.

trumento para promover de manera continua y sistemática la conciencia".³⁰

Por voces autorizadas, algunas tanto como las de las conferencias episcopales, ha sido puesta de relieve la importancia de la buena política. Aunque también existe la mala política, los cristianos tienen que ser artífices incondicionales de la primera.

2. LA IGLESIA Y LA POLÍTICA

El título de este número nos introduce en un terreno controvertido; existen posturas definidas y enfrentadas. Una postura puede describirse por las clásicas expresiones: "La Iglesia no debe hacer política", "la Iglesia no debe meterse en política", "el púlpito no tiene nada que ver con la política". Estas afirmaciones suelen repetirse con un aplomo, como si no tuvieran vuelta de hoja.

Parece necesario empezar afirmando que esas expresiones no son la última palabra, aparte que, por su imprecisión, se prestan a un agudo confusionismo. Después de lo dicho en el número anterior acerca del valor de la política, puede resultar desconcertante y desolador decir que la Iglesia no tiene nada que ver con la política. Las afirmaciones citadas, detrás de la palabra política, parecen no ver más que la mala política. Esta idea es la que parece ocupar, como por instinto, la mente de la mayoría de los cristianos. Esta falta de precisión se presta a los más grandes desatinos.

Otra fuente de confusión está en la palabra Iglesia. Si afirmamos que la Iglesia no ha de meterse en política, nos podemos ver forzados a la conclusión de que los cristianos, o no han de meterse en política o no son Iglesia. Los dos extremos de esta conclusión son evidentemente falsos; lo cual nos obliga a revisar la premisa. Es muy frecuente la falta de precisión al usar el término Iglesia. Con demasiada frecuencia se usa como sinónimo de jerarquía. Debería prosperar la costumbre de entender bajo el término Iglesia el conjunto de miembros que la componen: jerarquía y seglares. Al tratar de política, no se puede aplicar siempre lo mismo a una y a otros. Por lo mismo, la palabra Iglesia, crea fácilmente equívocos.

Entendiendo la política en su buen sentido y dando a la palabra Iglesia su auténtico significado, con gusto cambiaríamos radicalmente el sentido de las afirmaciones citadas: la Iglesia debe meterse en política; el púlpito sí que tiene que ver, y mucho, con la política. También ha-

³⁰ Conferencia Episcopal Mexicana, O. c., núm. 98, en: l. c., pág. 524.

ríamos nuestra la afirmación de B. J. de Clercq: "La Iglesia no se mete demasiado en política, sino que se mete demasiado poco".³¹

Naturalmente que no se puede decir lo mismo de todos los miembros de la Iglesia, ni todas las formas de ejercer la política son igualmente practicables y recomendables. Esto requiere ulteriores matizaciones, que intentaremos hacer luego; pero, en principio, concederíamos el favor de presunción a la regla general de intervenir en la tarea política, dejando que las excepciones fueran probadas en cada caso. El campo de la política es tan importante que, antes de prohibir a uno la entrada en él, hay que buscar y ponderar los motivos.

La Iglesia es portadora de una promesa de salvación y liberación que apunta a definitiva. Esta esperanza escatológica que, mal comprendida, puede conducir a una actitud de evasión respecto de las tareas políticas, entendida debidamente empuja hacia el compromiso político, hacia una crítica constante de las estructuras sociales, a las que nunca les concede el derecho de reposar como definitivas. La Iglesia, constituida como sacramento de salvación, se identifica con su tarea de señalar y promover la salvación del género humano y de su historia, cosa que verifica situándose siempre como juicio y profecía sobre la situación concreta de la historia humana. En virtud de su presencia en el mundo y de su marcha escatológica, la Iglesia tiene que comprometerse en las estructuras concretas y a la vez en contra de ellas. Su compromiso por salvar al hombre le obliga a examinar las situaciones concretas y a detectar los lazos de opresión que allí actúan, señalando las posibilidades que hay de modificar semejante situación.³²

Sin que se pueda considerar como exhaustivo, la liberación constituye un aspecto predominante en la concepción moderna de la salvación cristiana. "En las condiciones en que se halla modernamente nuestra sociedad no se podrá vivir un cristianismo que sea digno de fe si no es en solidaridad con la historia del movimiento emancipador de la humanidad".³³

Los cristianos pueden y deben intervenir en todos los problemas de la comunidad, incluidos los políticos. Es un derecho y un deber que les compete como ciudadanos. De su fe cristiana reciben el estímulo y la orientación para enfocar su actividad. Desentenderse de esa actividad

³¹ O. c., pág. 139; Cf. J. M. Granero, "La Iglesia y la política", *Manresa*, 43 (1971), pág. 217.

³² E. Chiavacchi, "El compromiso social y político del cristiano: su significado", en: P. Maggioni-P. Sorbi, *El compromiso social y político de los grupos pequeños*, Salamanca, 1974, págs. 16-17.

³³ E. Schillebeeckx, "Teorías cristianas y compromiso político de la comunidad cristiana", *Concilium*, 84 (1973), pág. 59.

política, supone una cerrazón egoísta. Sólo por mala información es concebible en un cristiano semejante actitud.³⁴

La participación en la política significa para el laico, al mismo tiempo que un deber, el ejercicio de la caridad para con toda la sociedad. "Insertarse en el orden temporal y asumir una dinámica secular de inspiración cristiana es lo que especifica la seglaridad como vocación eclesial".³⁵

"Los laicos cristianos, viviendo de fe, edifican la comunidad de salvación en lo político, cuando, a través de su compromiso y de su acción política, Cristo vivifica, con su verdad y su vida, las estructuras humanas, donde se juega la suerte del advenimiento del reino de Dios".³⁶ A juicio de los obispos mejicanos, los cristianos encuentran en el mismo terreno la oportunidad de responder a su doble misión de construir la ciudad terrena y la celeste.

La manera más ordinaria y ágil que tiene el cristiano para ejercer sus responsabilidades políticas, es el compromiso político personal en las distintas instituciones políticas. Aquí entrará en contacto y colaborará con otros ciudadanos, incluso no cristianos, en partidos, sindicatos, o en tareas de mando. Lo específico que aportará como cristiano será su empeño en que las actividades políticas sean de buen corte, es decir, al servicio del bien común. Por supuesto que en esta actividad se guiará por su propia conciencia e iniciativa personal. Es conveniente, sin embargo, que el cristiano cuente con algún grupo o comunidad, donde pueda revisar y contrastar con otros sus ideas y sus actuaciones concretas.

Una cuestión digna de ser planteada es si una comunidad cristiana, v. g. una parroquia o una asociación de cristianos, puede comprometerse políticamente. Si se recogiera el criterio que aflora en la conciencia de la inmensa mayoría de los cristianos, la respuesta sería negativa. Existe como una prevención instintiva contra toda intervención de la comunidad en lo que pueda tener un matiz político. Existe también otro escollo, y es que la organización y vivencia de las comunidades no está preparada para estas intervenciones. Su funcionamiento es de otro estilo: las decisiones son tomadas normalmente por la cabeza, sin que se consulte y se provoque la responsabilización de los miembros. Por mucho que se entusiasme y grite la cabeza, esto no puede ser juzgado como compromiso de la comunidad. Con razón afirma R. Greinacher que "la principal premisa para tal praxis política de la comunidad es la democratización de la comunidad". Por esta democratización no entiende Greinacher una mera transposición de un modelo democrático del ambiente estatal. Se trata más bien de crear un estilo de funcionamiento en que todos parti-

³⁴ J. M. Granero, O. c., pág. 215.

³⁵ M. Useros, *Cristianos en la vida política*, Salamanca, 1971, pág. 83.

³⁶ Conferencia Episcopal Mejicana, O. c., en: l. c., pág. 529.

cipen, se conciencien y se responsabilicen. "La comunidad como tal no se responsabilizará de hecho políticamente si esta actividad no va precedida de una intensiva concienciación política, de un proceso formativo de opinión y un proceso democrático para tomar decisiones". Se trata de que una comunidad cristiana, junto con su sacerdote, si lo tiene, tenga publicidad en la que surja una conciencia política, se analice y se juzgue una determinada situación, se recojan las necesarias informaciones, se discutan problemas políticos y finalmente se tome en común una decisión.³⁷

El compromiso político de una comunidad cristiana tiene que poseer una peculiaridad propia, notablemente distinta de la que se puede dar dentro de un partido político. Se trata de personas libres de todo interés, de todo condicionamiento y de todo temor, ya que se trata de cristianos que quieren comprometerse como tales. Estas comunidades han de hacer un análisis completo cada vez que se presenten casos de violencia o de opresión, y ante las que deciden tomar postura: "Mientras que los partidos y los grupos que se refieren a una ideología se presentan con frecuencia con un análisis del partido que aplican a esas situaciones, imponiendo o excluyendo ciertas soluciones en virtud de 'opciones' hechas en un nivel superior, las comunidades católicas pueden presentarse, en la escena de esas situaciones, totalmente libres de intereses personales o de grupo y por encima de todo prejuicio".³⁸

Ya se sabe que las decisiones no serán tomadas por unanimidad, cosa que es prácticamente imposible. Por lo mismo habrá siempre miembros de la comunidad que habrán sido vencidos en la votación. No habrá que olvidar este hecho, lo cual a veces forzará a que sólo se canalicen las decisiones que hayan obtenido una notable mayoría.

Tanto en el proceso de la toma de decisiones como para la situación de los que han sido vencidos en la votación, tienen ventaja las comunidades no territoriales, que se constituyen por criterios más opcionales. Allí se agrupan personas por motivos distintos de la coincidencia geográfica, como pueden ser la profesión común, la inclinación personal, los intereses políticos, etc. Así es más fácil lograr una relativa coincidencia de pareceres; y también es más fácil dejar la comunidad si uno ve que no sintoniza con ella.

A las comunidades cristianas, y especialmente a los responsables de ellas, les corresponderá una primera tarea de despertar la conciencia de los individuos para que valoren el compromiso político personal en los

³⁷ O. c., págs. 90-91.

³⁸ G. B. Franzoni, "El compromiso social y político del sacerdote", en: B. Maggioni-P. Sorbi, *El compromiso social y político de los grupos pequeños*, Salamanca, 1974, pág. 35.

campos a los que se sienten llamados. Han de conseguir que los cristianos descubran personalmente la posibilidad de acción cristiana que tienen a su alcance en los diversos compromisos políticos. Una segunda tarea será la de ir educando y orientando esas mismas comunidades para que, llegado el caso —y los casos llegarán constantemente— sean capaces de tomar una postura, que traduzca y aplique al caso concreto esa función crítica e iluminadora que Cristo ha confiado a su Iglesia.

Este segundo paso resulta muy difícil de practicar, ya que la predisposición de las comunidades, por lo menos entre nosotros, está a mucha distancia. Los responsables han de ejercitar las virtudes de la paciencia y de la constancia. La paciencia, porque ahora no es posible llevarlo a la práctica y tampoco se puede imponer, ya que, para ser auténtico, tiene que producirse democráticamente, después de una lenta maduración de la comunidad. La constancia, porque la meta es digna y valiosa, lo cual justifica todos los esfuerzos y sacrificios. Parece que la realidad seguirá ofreciéndonos comunidades que no tomarán ningún compromiso político consciente; de inmediato cabe esperar que serán la mayoría. Pero también de inmediato debería prosperar el criterio de que las comunidades que se comprometen, no se salen de su cometido legítimo; y que, si otras no toman tales compromisos, no es porque los excluyen por sistema, sino porque su cantidad y variedad de miembros, junto con su tipo de organización, no hacen viables esos compromisos.

Un acto político al alcance de todos los ciudadanos, es la prestación del voto electoral, cuando son legítimamente llamados a manifestar su opinión. Los obispos portugueses, al mismo tiempo que afirman este deber cívico, recuerdan que se debe votar bien, lo cual equivale a votar “después de haber procurado y conseguido la claridad necesaria para una opción, en lo posible, cierta y responsable”.³⁹

Otro instrumento de participación en la tarea política, es la afiliación a los partidos políticos. Son una concreción en orden a la traducción práctica de las orientaciones políticas generales. Por su concreción y por su habitual inspiración ideológica, suelen suponer una limitación de perspectivas; a pesar de ello, quizás sea una de las pocas posibilidades que existen a la hora de ser eficientes. Respecto al deber de afiliarse, parece acertada la orientación que dan los obispos portugueses: “Si todo ciudadano debe comprometerse políticamente, no todos lo harán de igual forma. Así, respecto a los partidos políticos, no todos están obligados a afiliarse, y menos todavía a una acción militante. Pero no deben recusar ni lo uno ni lo otro aquellos a quienes esto se les muestre como un

³⁹ Conferencia Episcopal Portuguesa, “La contribución de los cristianos a la vida social y política” (16-VI-1974), núm. 41, en: I. Martín, O. c., pág. 208.

servicio útil y necesario para el país. Los cristianos conscientes deben ser en esta materia particularmente generosos por amor a la patria y a la Iglesia".⁴⁰

Esta reconsideración de la política por parte de los cristianos está en la línea de reconocerle la importancia que tiene, dados los grandes valores que en ella se ponen en juego. "Tomar en serio la política en sus diversos niveles —local, regional, nacional y mundial— es afirmar el deber del hombre, de todo hombre, de conocer cuál es el contenido y el valor de la opción que se le presenta y según la cual se busca realizar colectivamente el bien de la ciudad, de la nación, de la humanidad".⁴¹

3. LA IGLESIA ESTÁ METIDA EN LA POLÍTICA

Los valores que —como hemos visto— están en juego en la actividad política, dan sobrados motivos para que los cristianos la tomen en serio y se decidan a participar. No obstante, quisiéramos llamar la atención sobre un hecho que no suele ser tenido en cuenta. El hecho es que la Iglesia está inevitablemente metida en la política. Reducir la Iglesia a una fuerza o institución política, sería desconocer su verdadera naturaleza. Su cometido específico se centra en otras esferas y trasciende los planteamientos puramente políticos. Pero tampoco se capta la verdadera realidad, si no se cae en la cuenta de que la política afecta a la Iglesia y la Iglesia influye en la política.

Nos damos cuenta de que toda nuestra vida, hasta en sus conceptos más íntimos y cotidianos, está marcada por la política. E incluso cuando por motivos religiosos o por otros motivos no nos gustaría mezclarnos en política, el hecho político se ocupa de nosotros y no deja de determinarnos. Quiéralo o no, el hombre es un animal político, si no activamente, al menos pasivamente. Todos nos encontramos bajo la influencia de la política.⁴²

Los obispos franceses también reconocen esa omnipresencia de la política: "Toda realidad de la vida cotidiana tiene una dimensión política, y la política tiene proporciones considerables".⁴³

N. Greinacher lo aplica expresamente a la comunidad cristiana: "Siempre incumbe a la comunidad cristiana un significado político, quiéralo o no, simplemente porque es una realidad social". Por supuesto que

⁴⁰ Conferencia Episcopal Portuguesa, O. c., núm. 42, en: l. c., pág. 208.

⁴¹ *Octogesima Adveniens*, núm. 46.

⁴² B. J. de Clercq, O. c., pág. 10.

⁴³ Conferencia Episcopal Francesa, O. c., en: l. c., pág. 143.

Grenacher no ve en ello ningún inconveniente. Piensa que el cometido político incumbe a la comunidad cristiana que se sabe comprometida con Jesucristo y con su mensaje, que permanece en su seguimiento y que quiere preocuparse de una praxis cristiana sincera.⁴⁴

Esta implicación política de las personas y de las comunidades cristianas, no depende de la voluntad; se nos impone por la sociabilidad natural del ser humano. “No pocas personas sienten aversión hacia la política... Olvidan éstos, sin embargo, que la huida de la vida pública y la omisión pueden constituir en determinadas circunstancias un acto político de graves consecuencias”.⁴⁵

No sería pequeña la sorpresa que se llevarían muchos cristianos “que no quieren saber nada de política”, si un día descubrieran el gran acto político que han realizado con su ausencia y desinterés. Parece que todavía es muy grande la proporción de gente que no ha adquirido conciencia de su irrenunciable peso político. No obstante, se van recogiendo constataciones de que se ha abierto un proceso de concienciación en ese sentido. Aduciré un par de testimonios:

Por otra parte, los cristianos y las mismas iglesias están adquiriendo conciencia de que, sin saberlo, han hecho siempre política.⁴⁶

Por fortuna ha terminado por imponerse la idea de que también una comunidad cristiana que quiere permanecer políticamente neutral, que no se preocupa por cuestiones políticas, es por eso mismo significativa desde el punto de vista político.⁴⁷

Las observaciones que estamos haciendo nos llevan a la conclusión de que tanto los individuos como las comunidades, no pueden elegir entre hacer política o no hacer política. La elección se ve transportada al terreno de hacer política consciente y críticamente o hacerla acrítica e inconscientemente.

Planteado el dilema en estos términos, los cristianos no tienen que forzar mucho el cerebro para descubrir la postura que les corresponde. Tienen que tomar en serio la política y prepararse para desempeñar su papel adecuadamente; una reflexión conjunta será para muchos el medio más indicado, si no el único, para reaccionar ante la política con lucidez y responsabilidad.

En cuanto al grado de inconsciencia, es curioso comprobar las dimensiones que ha sido capaz de alcanzar. Hemos visto en nuestra misma patria sostenida enérgicamente la tesis de “no meterse en política” por

⁴⁴ O. c., pág. 82.

⁴⁵ Conferencia Episcopal Brasileña, O. c., núm. 6, en: l. c., pág. 351.

⁴⁶ L. Lorenzetti, O. c., pág. 562.

⁴⁷ N. Greinacher-A. Müller, O. c., pág. 6.

personas que, al mismo tiempo, defendían implícita y explícitamente a un régimen, que era discutible y seriamente discutido en el país. Demos por supuesto que subjetivamente se hacía con buena voluntad; concedamos incluso que objetivamente mereciera tal apoyo. Limitemos el interrogante al terreno que hemos planteado: ¿Cómo es posible mantener rígidamente la tesis de no ingerencia política, al mismo tiempo que se practica una política de las menos recomendables? En el mejor de los casos, la inconsciencia alcanza lo inimaginable. Parece que el diálogo intraeclesial, dentro de una sociedad dialogante, va a ser imprescindible para que se llame a las cosas por su nombre.

De nuevo vemos a la Iglesia y a cada uno de sus miembros convocados para una tarea de concienciación, en la que resta mucho camino por recorrer. En esta tarea educativa, se encuentran los jerarcas con un obstáculo muy arraigado: la instintiva y nada racional afirmación de que “la Iglesia (aquí siempre se entiende la jerarquía) no puede hacer política”. Del sambenito de “hacer política” se ha defendido recientemente la Conferencia Episcopal Española cuando ha dicho: “No podrá, pues, decirse, sin más, que un obispo o un sacerdote ‘hacen política’ cuando en virtud de su misión pastoral enjuician hechos, situaciones u obras de la sociedad civil desde la perspectiva de la fe”.⁴⁸ Es explicable la defensa de los jerarcas, pero en cuanto a la precisión de los términos, consideraría más acertados a sus oponentes que les acusan de hacer política, que a ellos que lo niegan. Es sólo cuestión de términos; parecería, sin embargo, más acertado llamar a las cosas por su nombre reconociendo que intervienen en la política, y con toda su autoridad defender la legitimidad de tal intervención. A pesar de todo, tal vez los obispos españoles no podían hablar de otra manera, pues si se hubieran arrogado el derecho de intervenir en política, se les hubiera interpretado como si se arrogaran el derecho de intervenir en posturas ideológicas de partido o en otras politiquerías de menos calidad. Es lástima que para muchos la palabra ‘política’ no tenga más que ese significado contencioso y reducido. Es verdad que en un sistema dictatorial, cualquier intervención política independiente fácilmente cobra la apariencia de postura ideológica. Pero en una democracia que, si es verdadera, quiere la participación intensa y extensa de los ciudadanos, ¿quién podrá tener inconveniente en que unos ciudadanos tan seleccionados del país como son los obispos, se pronuncien sobre temas que afectan a los intereses de la patria o de un sector de la población?

La verdad es que la actitud de muchos cristianos y de la mayoría de las asambleas cristianas tienen una fuerte prevención frente al tema

⁴⁸ “La Iglesia y la comunidad política”, núm. 29, en: I. Martín, O. c., pág. 17.

político, incluso cuando éste es aludido en sus expresiones más nobles. “Nosotros no venimos a la iglesia para que se nos hable de política” —suelen decir. “Los sacerdotes, que se dediquen a su oficio”. Quieren que se les hable de Dios, de la caridad, del pecado, del cielo, etc. ¡Como si la política no tuviera nada que ver con la caridad, o la injusticia no fuera un pecado; o como si Dios y el cielo no tuvieran nada que ver con la organización de la convivencia y fraternidad entre los hombres!

Dada esa predisposición, no es fácil contribuir a la educación política de los cristianos. Es un problema pastoral, al que se debe conceder la debida importancia. Posiblemente uno de los responsables de este estado de cosas ha sido la orientación que esos cristianos han recibido por parte de sus educadores religiosos. Se está recogiendo lo que se sembró. En orden a despertar mejores disposiciones, hay que iluminar respetuosamente la conciencia. Hay que hacer ver que la organización de la convivencia ha adquirido unas dimensiones nuevas; que los ciudadanos son llamados cada vez más a participar; que la pervivencia de las serias injusticias que anidan en nuestro mundo, depende de la actitud que vamos tomando cada uno; que vamos siendo responsables del bien común; que si somos buenos cristianos, lo hemos de demostrar también ahí, etc.

Hay que liberar al tema político de la etiqueta de ser una manía de unos cuantos obispos o predicadores, o una genialidad de unos pocos. Tampoco debe aparecer como una moda que ahora le ha tocado en turno surgir. El tema político es más serio que todo eso. Implica virtudes y pecados. En un mundo que se socializa cada vez más, en el que, por lo mismo, las relaciones de convivencia se multiplican e influyen cada vez más, el tema político ocupará siempre un primer plano, y ocupará la atención de todo el que sabe algo del mundo en que vive.

4. LA JERARQUÍA Y LA POLÍTICA

Por jerarquía entendemos aquí igualmente a los obispos y a los sacerdotes, ya que las responsabilidades pastorales, cada uno a su nivel, les condicionan por igual en relación con la política. Aquí es el momento de aplicar la presunción que hemos establecido anteriormente: los motivos han de ser aducidos no para intervenir en la política, sino para dejar de hacerlo. Así que también a ellos les compete el derecho y el deber de interesarse por la adecuada administración del bien común. Como ciudadanos tienen el derecho de poseer sus propias tendencias políticas y el deber de informarse, aunque sólo fuera para votar con conocimiento de causa. Como cristianos, deben enfocar cristianamente tanto el campo político como todos los demás. Como pastores tienen que ayu-

dar a los miembros del pueblo cristiano para que sean fieles al Evangelio en sus acciones políticas, igual que intentan serlo en otras tareas. Parece que a ellos les corresponde una notable responsabilidad en orden a que sea superado ese vacío político existente en muchos sectores de la población, y sobre todo en orden a dar carta de legitimidad y de valor prevalente a la tarea política; tienen que bautizar ese gran valor humano y cristiano, que para muchas conciencias queda en un cierto nivel de degradación. La especificación de la tarea política será muy bien realizada por los numerosos políticos de las diversas tendencias; pero los jefes pueden aportar para muchos individuos un elemento previo de clarificación y de estímulo de gran interés.

El cumplimiento de este deber obliga a los sacerdotes a una competencia en el terreno político que no siempre poseen. Se trata de intervenir en un terreno delicado y sometido a muchas susceptibilidades. Los obispos franceses ponen de relieve esta exigencia: "La 'competencia', sin cesar mantenida y renovada, se impone a los obispos y a los sacerdotes. Esta competencia es, a la vez, atención a los problemas planteados por los hombres y una escucha de la palabra de Dios profundizada por una reflexión teológica". De esta reflexión es de donde les ha de venir la luz que les incline al compromiso o a la abstención.⁴⁹

Dentro de esta apertura y dedicación al tema político, que en ciertos aspectos es mayor que la del ciudadano corriente, aparece una excepción que se suele afirmar con bastante normalidad. Se trata de la inconveniencia en que el sacerdote participe en la tarea de los partidos políticos.

En una primera impresión podría parecer que no hay motivo para negar a los jefes el derecho que corresponde a cualquier otro ciudadano. A veces, para apoyar la presencia en el terreno de los partidos, se aduce el motivo de "solidaridad": debe afrontar los riesgos que afrontan los otros. También se ve en ello un medio de promoción personal y social, que a veces el sacerdote no lo encuentra en el ejercicio de su ministerio. Incluso se suele aducir el motivo de una mayor eficacia apostólica, mostrando la eficacia del Evangelio en la entraña de los verdaderos problemas del hombre de hoy.⁵⁰

Estas y otras razones similares merecen una consideración respetuosa. A pesar de ello, los autores y sobre todo muchas conferencias episcopales se pronuncian decididamente en contra de que el sacerdote milite en los partidos. Vale la pena atender a las razones en que se fundamenta esta postura.

⁴⁹ Conferencia Episcopal Francesa, O. c., en: L. c., pág. 148.

⁵⁰ R. Heckel, "El sacerdote y la política", en: *Política y fe*, Salamanca, 1973, págs. 98-100.

Puede considerarse un acierto el que nadie justifique esta postura apelando a que la política desdice de la dignidad sacerdotal. Se apela más bien a la misión específica del sacerdote. En concreto, uno de los aspectos que se sacan a relucir es que el sacerdote pueda acercarse a todos, y todos puedan acercarse a él, sin que esta relación sea entorpecida por el fantasma de las actitudes partidistas. Se piensa que si el sacerdote milita en un partido, muchas puertas se le cerrarán; no será mirado como el sacerdote de todo el pueblo, sino como un contrincante que milita en otro partido. “En su condición de pastores (o de encargados de la acción pastoral) no deben aparecer con otra preocupación que la de permanecer abiertos a todos, para poder entregar a cada uno ese mismo Evangelio, que fecunda las luchas de todos en el sentido de Cristo y del hombre. La apertura real de sus jefes hacia militantes de diversos partidos es el mejor índice de que la Iglesia, en cuanto Iglesia, permanece en su terreno propio, el del Evangelio”.⁵¹

Otro aspecto, que coinciden en señalar varias conferencias episcopales, es que el sacerdote es artífice de la unidad y de la paz de su comunidad. Si los sacerdotes aceptan esa limitación, la comunidad los aceptará como sinceros promotores de la unidad y de la concordia.⁵² “La opción política del sacerdote, cuando se hace pública, amenaza perturbar la unidad del pueblo cristiano en torno a sus pastores”.⁵³

También señalan los obispos franceses que “al adoptar una actitud de mayor reserva y discreción con respecto a las instituciones políticas y a los poderes públicos, los pastores expresan el respeto que tienen a la autonomía de la sociedad política y de sus responsables... Los pastores, y particularmente los obispos, reconocen la gravedad de la misión asumida por las autoridades públicas. Esta actitud permite a la comunidad, a todos los niveles, conservar la libertad que les es necesaria para anunciar, a tiempo y a destiempo, la buena nueva del Evangelio y para recordar sus exigencias, incluso las comprendidas en materia política”.⁵⁴ Se trata de un

⁵¹ Conferencia Episcopal Chilena, “Evangelio, político y socialismo” (27-V-1971), núm. 69, en: I. Martín, O. c., pág. 457.

⁵² Conferencia Episcopal Colombiana, “El compromiso político de los cristianos” (15-I-1975), núm. 8, en: I. Martín, O. c., pág. 409; Conferencia Episcopal Mejicana, O. c., núm. 137, en: I. c., pág. 533; Conferencia Episcopal de Venezuela, “Algunas consideraciones de interés general sobre la intervención de la Iglesia en lo político” (14-VII-1973), en: I. Martín, O. c., pág. 660; Conferencia Episcopal de Angola, “La Iglesia en la nueva situación de Angola y Santo Tomé” (6-VI-1974), en: I. Martín, O. c., pág. 672.

⁵³ Conferencia Episcopal Chilena, “Postura de la Iglesia después de haber considerado la situación del país” (11-VI-1971), en: I. Martín, O. c., pág. 417.

⁵⁴ Conferencia Episcopal Francesa, O. c., en: I. Martín, O. c., pág. 149.

estilo que favorece el desarrollo de la libertad para que cada esfera de poder o de servicio haga mejor lo que debe hacer.

Las razones que aconsejan que el sacerdote se abstenga de opciones partidistas, tienen su peso. Valen especialmente para el sacerdote que está al frente de una comunidad pluralista, es decir, compuesta de miembros de diversas tendencias políticas como son la mayoría de las existentes. Bastante distinto sería el caso de un sacerdote que ejerciera su actividad exclusivamente con un grupo especializado y monocolor.

Como dice R. Heckel, esta incompatibilidad tendrá mucho menos importancia “a medida que los cristianos estén mejor formados para hacer las necesarias distinciones entre las eventuales opciones políticas de los sacerdotes y la realidad última de su ministerio sacerdotal”.⁵⁵

También vale la pena tener en cuenta que a la hora de asentar la postura restrictiva han podido ejercer una notable influencia dos factores que hoy están sujetos a una mutación poco menos que sustancial: uno es el famoso y débil principio de “no meterse en política”, y el otro es una visión del sacerdote como personaje segregado, del que desdican casi todas las tareas del ciudadano corriente. Pero esta visión está siendo contrastada e influida por la figura del sacerdote encarnado y en plena suerte común con los hombres de su tiempo.⁵⁶ Si elimináramos la influencia de estos dos factores, que más o menos conscientemente están en la mente de casi todos los miembros de la Iglesia, ¿sería igualmente necesario que el sacerdote, por motivos pastorales, se abstuviera de militar en un partido político? No es fácil responder a esta pregunta desde una perspectiva y una mentalidad que el común de los mortales todavía no poseemos. El curso del tiempo, con las experiencias y reflexiones a que dará lugar, nos proporcionará el ángulo de visión para dar una respuesta menos condicionada por un tiempo y una mentalidad muy concretos. De momento es interesante observar las aspiraciones de los sacerdotes —en principio no muy predispuestos a restricciones apriorísticas— y sus tomas de postura, junto con las reacciones de los hombres que presenciaron y enjuiciaron tales hechos. Algunos sacerdotes ya han hecho sus opciones concretas. ¿Serán una excepción y una salida de tono, o los primeros casos de una regla que el día de mañana será normal? La prudencia aconseja no precipitarse ni en los juicios ni en las opciones políticas. Que el problema no debe resolverse ya hoy en términos absolutos, lo dejan entender los obispos franceses, cuando dicen: “Estos compromisos deben considerarse excepcionales y tomarse de acuerdo con el obispo, los otros obispos y los laicos. Obispos y sacerdotes, ministros de la Iglesia, la

⁵⁵ “El sacerdote y la política”, en: *Política y fe*, Salamanca, 1973, pág. 117.

⁵⁶ M. Useros, O. c., págs. 85-86.

comprometen siempre más que a ellos mismos".⁵⁷ El esquema de excepción y regla, con la beligerancia que el tiempo dé lugar entre ellas, ofrece un buen cauce para comprender y encauzar la realidad.

5. LA TESIS DEL PLURALISMO POLÍTICO

La reflexión que provoca y las actitudes que se van tomando en relación con el pluralismo político, constituye uno de los resultados más característicos y maduros del momento político contemporáneo.

A. *El hecho del pluralismo*

El pluralismo es una criatura a la que se concede carta de ciudadanía en casi todos los terrenos. No es que se proyecte y se fabrique con benevolencia, sino que se impone por la realidad de los hechos. Cuando se deja funcionar la democracia y se escucha honradamente la voz del pueblo, la voluntad política del pueblo se manifiesta en una pluralidad de concepciones políticas, que tienden hoy día a canalizarse en los programas de los distintos partidos. Hoy día resulta imposible organizar una comunidad humana conforme a convicciones unánimes. Demostraron haber captado muy bien este hecho los obispos portugueses cuando, dirigiéndose al pueblo, decían: "Nos tenemos que habituar a la idea de que portugueses, hermanos nuestros, opten por soluciones inaceptables para nosotros; tenemos que admitir también que, aun entre cristianos, sin perjuicio de la unidad de la fe y de la caridad, son lícitas y normales las divergencias políticas".⁵⁸

Esto nos lleva a constatar el hecho de que dentro de la comunidad cristiana persistirá siempre una diversidad de opciones en lo que se refiere a la acción política. Toda decisión que quiera tomarse, se verá sometida a un inevitable presupuesto: la elección entre diversas posibilidades de la existencia concreta.

Los factores que concurren en cada individualidad, son muy diferentes. Habrá que empezar por reconocer que cada persona es una individualidad, no repetida, a la que Dios le ha dado un nombre. Esa peculiaridad, en uno se manifiesta por un carácter asustadizo y temeroso ante cualquier imprevisible, por lo que tenderá a andar por caminos firmes, por las tendencias conservadoras; en otros se manifiesta por un carácter amante de novedades, que les aficiona a las iniciativas aventuradas; por

⁵⁷ Conferencia Episcopal Francesa, O. c., en: l. c., pág. 148.

⁵⁸ Conferencia Episcopal Portuguesa, O. c., núm. 37, en: l. c. pág. 207.

lo mismo serán reformistas e incluso revolucionarios. A esto hay que sumar el ambiente en que uno ha vivido, las influencias ideológicas que ha experimentado, la formación intelectual que ha alcanzado. Todos sabemos que por el aumento de conocimientos, de experiencias y de contactos humanos conocemos y nos posesionamos más del mundo que nos rodea; todo ello nos conduce a ver las cosas de otra manera, en cierta medida nos hace cambiar de pensar. Todos estos factores modificantes recaen sobre unos sujetos que ya de sí son variados. Finalmente estos sujetos son convocados a enjuiciar unas situaciones y a proyectar un tipo de convivencia humana, es decir, son convocados para que ejerzan la tarea política. El pluralismo de las actitudes y de los proyectos no puede ser sorpresa; lo sorprendente sería lo contrario. Se puede reconocer como un mérito de la civilización, el que ese pluralismo se deje manifestar y desarrollarse. Un segundo avance consiste en hacer conciencia refleja de ese hecho, se cuente con él y se intente incorporar en la tarea creadora y organizadora de la convivencia humana. Así se crea un mundo humano más complicado, más difícil de ser gobernado; pero fundamentalmente cabe esperar que será también más rico y más capaz de encauzar la humanidad hacia nuevos horizontes.

Por supuesto que un mundo así será conflictivo. El resolver adecuadamente esos conflictos constituye una de las tareas más bellas y difíciles, a la que es convocado ese mundo pluralista y al que se considera más potenciado precisamente por ese pluralismo.

¿Y el mensaje cristiano no podría unificar criterios y encauzar una acción conjunta, que llevase el mundo actual a buen puerto? A estas alturas, se puede decir que esto constituye una experiencia y una pretensión que pertenece al pasado. Los hechos, concretados en los pronunciamientos de las personas, no son abarcables por esa orientación única, aunque esté patrocinada por la jerarquía de la Iglesia. No se trata sólo de que quienes se profesan no cristianos o los indiferentes se resisten a formar filas en esa orientación patentada. Es que hay cristianos muy conscientes de su fe, que no están dispuestos a militar en el partido que su jerarquía mira con más benevolencia, y en cambio, se alinean en ideologías nada gratas a esa misma jerarquía. El caso más expresivo de esta realidad es el de sacerdotes que se inscriben en el partido comunista. Aparte de este caso más extremo, lo que ocurre es que en todas las tendencias políticas participan cristianos generosos y bien conscientes de lo que es su fe, este es el hecho más significativo, que da al traste con cualquier planteamiento unitario cristiano. Y es que el hecho de ser cristiano no constituye un criterio directo de distinción entre las diferentes concepciones y actitudes políticas. La condición de cristiano —como dice B. J. de Clercq— interviene en la opción política de los individuos a título de referencia y justificación última. Pero además toda toma de

posición política debe encontrar su justificación inmediata en un análisis técnico y en una evaluación ética de la situación concreta. Por lo mismo, podrán referirse en último término a una misma concepción religiosa opciones políticas muy diferentes, fundadas en criterios propiamente políticos.⁵⁹

Estos “criterios propiamente políticos” pesan mucho a la hora de dar una orientación política. Tienen como objeto el difícil arte de gobernar. Lo propio de este arte no es buscar lo ideal, sino lo factible en una situación y en una comunidad política. ¿Qué será lo factible en una situación concreta? Cualquiera ve que, para responder, hay que atender a muchos aspectos y a los casi imponderables matices de toda realidad compleja. A nadie debe sorprender que, si se consulta a un grupo numeroso y variado, las respuestas también serán de muy distintos colores.

Es importante que los cristianos que militan en los diferentes partidos políticos, caigan en la cuenta de la realidad y normalidad de este hecho. Han de evitar el calificar de disidentes o herejes a los cristianos de otras tendencias; tampoco han de considerar su opción como la única cristiana. Más bien han de pensar que su opción tiene un grado de partidismo y parcialidad, lo que equivale a decir que puede ser y conviene que sea completada por otros aspectos, que tal vez han sido mejor captados por los representantes de otras tendencias. El diálogo acogedor, acompañado del respeto y del deseo de complementación, puede ser la mejor respuesta a ese signo que aparece dentro de la misma comunidad cristiana.

Los obispos franceses consideran que las iglesias tienen la vocación de ser “lugares privilegiados” para ese contraste de pareceres, incluso aunque se produzcan verdaderos enfrentamientos. “Allí, en un clima de hospitalidad, se situará el esfuerzo orientado a comprender los criterios, las motivaciones, las posiciones de los adversarios y el significado que unos y otros les dan en la fe y en el contacto con la palabra de Dios”. La misión de estas reuniones no es la de decidir y organizar la política, sino la de llevar a cabo “una ayuda mutua, una corrección fraterna, una interpelación recíproca para ‘distinguir lo aceptable de lo inaceptable’, para elaborar lo ‘necesario’, que toda política digna de este nombre debe hacer ‘posible’”.

Los obispos franceses consideran urgente multiplicar a todos los niveles los lugares de encuentro y de contraste, donde los cristianos puedan aceptarse en sus diferencias e interrogarse sobre el testimonio que ellos, en conjunto, están llamados a dar.

Lugares de ese tipo pueden serlo las agrupaciones ocasionales o permanentes de movimientos apostólicos o consejos de gobierno, los movi-

⁵⁹ O. c., págs. 75-76.

mientos de Acción Católica o de Apostolado de los laicos, en la medida en que garanticen las condiciones de un pluralismo efectivo en su seno.⁶⁰

Con ese sistema constructivo y pacífico de contactos mutuos “se pondría de manifiesto que los cristianos tienen una especie de estilo cristiano de solucionar los conflictos”.⁶¹

B. *Actitud de la jerarquía ante el pluralismo político*

La jerarquía de la Iglesia ha sido y sigue siendo influenciada profundamente por lo que, en el aspecto político, ocurre dentro del pueblo cristiano. Constituye un hecho al alcance de cualquier observador que la jerarquía, en el pasado, ha estado poco menos que identificada con las posturas más conservadoras. Poco a poco ha ido saliendo de su integrista de derechas, ha patrocinado las “democracias cristianas” que, en principio, son consideradas como partidos de derechas. En su peregrinación aperturista, ha ido manifestando sus simpatías, más o menos convencidas y profundas, hacia los partidos moderados de la izquierda, hasta el punto de que en algunos sectores, por supuesto de derechas, ha conseguido despertar el miedo de que se iba a pasar a un integrista de izquierdas. No parece que haya motivos de peso para temer que la jerarquía adopte un integrista de izquierdas, ya que, para estos tiempos, sería tan desafortunado como el de derechas. El temor se explica por la sorpresa que les ha supuesto a ciertos sectores, que veían identificados fe y cristianismo con los partidos de derechas. Esta peregrinación de apertura desde la derecha hacia la izquierda, parece que debe ser considerada como positiva e interesante. Con justicia habrá que reconocer que esa procesión la inició el pueblo, sumándose luego la jerarquía; también habrá que reconocer que normalmente, los curas antes que los obispos. Los que participamos de la jerarquía de la Iglesia, nos sentiríamos más satisfechos si ese proceso transformador de la sociedad lo hubiera iniciado y sostenido la jerarquía; pero en honor a la verdad hay que reconocer que ha sido el pueblo quien ha llevado la delantera, con lo que ha demostrado que desde hace tiempo no se limita a ser un “mudo espectador”.

Con todos estos acontecimientos se ha llegado a una situación nueva y a un enjuiciamiento distinto. El paso, primero del pueblo y luego de la jerarquía, no ha sido un bandazo hacia la izquierda, sino una diversificación, un pluralismo. La jerarquía, desde luego, caminaría fuera de pista si se limitara a dar un bandazo a la izquierda, ya que sería simplemente repetir el pasado, un pasado que no se repite. Lo que está ha-

⁶⁰ Conferencia Episcopal Francesa, O. c., en: l. c., págs. 133-135 y 144.

⁶¹ N. Greimacher, O. c., pág. 89.

ciendo la jerarquía es mucho más interesante. En primer lugar, está experimentando un cierto pluralismo en ella misma; no muy intenso, porque es predominantemente monocolor. El pluralismo en ella es el resultado normal del mundo pluralista en que vive.

Pero lo más interesante que ha sucedido es que los fieles cristianos, moviéndose en un terreno que les es propio, se han diversificado, se han diversificado en diferentes corrientes de pensamiento y en diferentes partidos políticos. Y ya no vale decir: los buenos están aquí, y los malos están allá. Afortunadamente hoy se han superado muchos prejuicios, lo cual permite ver que los buenos no están aquí o allí, sino aquí y allí. Planteadas así las cosas, la jerarquía no puede identificarse con un partido concreto, porque le enfrentaría con la mayoría de sus hijos. Y aunque no fuera con la mayoría, sería con una buena parte. Tampoco resulta viable que obligue a que sus hijos se alisten al partido que ella patrocina; entre otras razones, porque no le obedecerían. Y no se puede excluir que lo hicieran de acuerdo con su conciencia, que les manda obedecer a Dios antes que a los hombres. Y sería también un clericalismo, por el que la jerarquía se arrogaría la última palabra en cosas que no le pertenecen, ya que en la Iglesia existe una división de funciones, muchas de las cuales son competencia evidente de los seglares; como sigue siendo verdad que en otras la jerarquía tiene la última palabra.

El paso verdaderamente significativo consiste en que la jerarquía reconoce y acata la mayoría de edad de sus hijos para desenvolverse por su propia cuenta en el terreno político. Ese reconocimiento lo hace a la luz de los hechos, que se lo demuestran sin ningún lugar a dudas.

Considero que es un gran paso el que se está dando con esto. La jerarquía renuncia con ello a toda especie de ejercicio del poder, como se puede ejercer a través de un partido. La razón de esta postura no está en que el ejercicio del poder sea malo, que no lo es, sino en que la jerarquía, como conjunto, no puede enfrentarse partidistamente con parte de sus hijos. No debe dejar al margen de su comprensión, de su apoyo, de su benevolencia, a unos hijos suyos que, dejándose llevar por su conciencia, han hecho una opción, considerada más o menos normal dentro de la sociedad en que viven. Esto lo aplicamos a la jerarquía como conjunto al nivel que sea; por tanto, no prejuzga el caso de un jerarca que quiera hacer una opción concreta. Pero en este caso, el jerarca debería optar y actuar en su condición de ciudadano; en ningún caso debería apelar a la autoridad que posee como pastor y jerarca.

Esto —como fácilmente se comprende— no equivale a decir que la jerarquía renuncia a toda intervención en el campo de la política. La militancia en los partidos es un instrumento importante de acción política, pero no el único. Tampoco equivale a decir que la Iglesia no actúa en la política de partidos. Aquí la identificación entre jerarquía e Iglesia

es fuente de las mayores confusiones, además de ser una inexactitud imperdonable a estas alturas de postconcilio. La Iglesia actúa, y mucho, en los partidos políticos por la intervención de los seglares, que allí encuentran su campo propio de acción.

6. LA ACCIÓN POLÍTICA DE LA JERARQUÍA

Después de lo dicho, conviene que no quede la impresión de que la jerarquía de la Iglesia ha sido desplazada de la política; el reconocimiento y el respeto al pluralismo político no acaban en una inactividad; queda en pie la preocupación y el servicio al bien común, desde la plataforma que le es propia como orientadora y despertadora de las conciencias. Esta función se la vindican los obispos de la República Dominicana: "Hoy y mañana todos los sectores de América latina, y entre ellos los de Santo Domingo, tendrán que acostumbrarse, sin llegar al asombro, y mucho menos a pensar mal, a oír frases como éstas: A nosotros pastores (obispos y sacerdotes) de la Iglesia, nos corresponde educar las conciencias, inspirar, estimular y ayudar a orientar todas las iniciativas que contribuyen a la formación del hombre".⁶²

Una de las tareas más urgentes que hoy están encomendadas a la política es la edificación de un mundo más justo. La jerarquía debe sentirse directamente llamada a intervenir en esta tarea. Lo dice expresamente el Sínodo de los Obispos: "La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, es decir, la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de toda situación opresiva".⁶³

La defensa de la justicia tomará muchas veces la forma de denuncia y de crítica de las injusticias existentes en la sociedad. Esta crítica irá encaminada a "la denuncia de la injusticia, de la mentira, de la violencia a través de la difusión capilar de la información correcta, la concienciación de los individuos y de las comunidades sobre las lesiones que han sufrido sus derechos".⁶⁴

Este tipo de acción política suele sorprender a un cierto sector de cristianos y suele desagradar a los que desde ciertas esferas de influencia pueden tener su parte de responsabilidad en esas injusticias. En este terreno la jerarquía debe ser fiel a su misión y no ceder a los trasnochados

⁶² "Ante la prohibición gubernamental de que regresen al país dos sacerdotes" (29-VI-1969), en: I. Martín, O. c., pág. 633.

⁶³ *La justicia en el mundo* (a. 1971), Introd.

⁶⁴ G. B. Franzoni, O. c., pág. 36.

argumentos de que se dedique a su ministerio. Sobre esto es muy claro el pensamiento de O. Cullmann: "La frase de que la 'política no tiene nada que ver con el púlpito', puede tener su justificación, si se hace política sólo por política o si con ello la Iglesia se arroga un poder político cualquiera que no es de su ministerio. Pero el enjuiciamiento histórico-salvífico de los acontecimientos de nuestro tiempo pertenece a ese anuncio, a ese testimoniar en el que consiste el sentido y la misión de nuestro tiempo. En este anuncio la Iglesia no puede permitir la imposición de limitación alguna bajo el pretexto de ese slogan".⁶⁵

Esta actitud crítica de la jerarquía debe ser ejercida frente a cualquier esfera de poder, incluso la estatal. "El kerigma sólo se proclama desde el área eclesial y con una misión expresa que, en cadena, se remonta al mismo Cristo. Esta independencia kerigmática de la Iglesia frente al Estado exige forzosamente una postura siempre crítica frente al poder estatal".⁶⁶

En el ejercicio de esta función enjuiciadora puede llegar a enfrentarse con las orientaciones de algún partido político. No hay ninguna dificultad en que esto suceda. La jerarquía se ha de sentir con plena soltura para descalificar cualquier postura que considere desacertada. Esto no es caer en la polémica partidista, sino actuar fiel a su función educadora y maestra de los pueblos. Esta independencia resultará patente cuando ningún partido quede excluido de la crítica oportuna. Por supuesto que al hacer esa crítica, la jerarquía deberá informarse debidamente a fin de que su corrección sea justa; de lo contrario, además de no ser aceptada, puede verse correspondida con una contestación nada amistosa.

Un cometido al que tiene que atender constantemente la jerarquía, es la defensa de los débiles; tiene que ser altavoz de los que no tienen voz. Mientras tenga algún fundamento la acusación de los que dicen que en este mundo existe una división entre opresores y oprimidos, explotadores y explotados, la jerarquía no puede permanecer neutral. Su partidismo es incuestionable y tiene que estar de parte de los oprimidos y explotados. La toma de postura en esta contienda le procurará algunas quejas y enemistades por parte de los sectores más acomodados de la sociedad; pero no debe dejar de incomodarles, aunque le respondan con la misma moneda.

Le corresponde también a la jerarquía una labor positiva en la edificación de la verdadera paz. "La Iglesia tendrá que desenmascarar la actitud afectada de los que se entienden a sí mismos únicamente como fundadores de paz, mientras que ellos mismos no buscan la oferta de la paz y de la reconciliación". No pueden contentarse con la presencia de

⁶⁵ *La historia de la salvación*, Barcelona, 1967, págs. 349-350.

⁶⁶ J. M. González Ruiz, "De la significación política de Jesús al compromiso político de la comunidad cristiana", *Concilium*, 84 (1973), pág. 38.

una paz sin conflictos, que sólo puede lograrse con la entronización de un poder absoluto. La obra de la paz no puede aspirar a la eliminación de los conflictos, sino a su transformación y creciente humanización. Tiene que tomar una iniciativa especial en el problema de la reconciliación. El empeño puesto en la reconciliación es la mejor demostración de su independencia de toda postura ideológica.⁶⁷

La intervención de la jerarquía en estos problemas comunitarios, no debe entenderse como un lujo que ella se permite, y menos como una intromisión, sino como el cumplimiento de una obligación, que dimana directamente de su misión de anunciar el Evangelio.

Guardando el debido respeto al cambio de circunstancias que, con el curso del tiempo en política siempre es posible, parece claro imperativo para la jerarquía el que desenvuelva su acción con absoluto respeto al pluralismo político; lo cual supondrá que ella, en su calidad de jerarquía y al nivel correspondiente, no tomará parte en la competición por el poder, propia de los partidos. Igualmente debe estar precavida para que ninguna de las tendencias partidistas la utilice en beneficio propio, es decir, que utilice su influencia moral para inclinar la balanza en su favor una vez llegada la competición partidista. Las diversas corrientes políticas deben reconocer y respetar el papel específico de la jerarquía, y cuidarse de no complicarla en sus propias estrategias; incluso han de cuidar de que otros no la utilicen. Esta precaución la han de tener muy presente los políticos que se sienten cristianos. Estos deben tener muy presente que la inspiración cristiana de la sociedad, en gran medida, ha quedado encomendada a su diligencia.

Parece que esta independencia de la jerarquía no es fácil de conseguir, a juzgar por lo que nos dicen los obispos españoles: "Los obispos pedimos encarecidamente a todos los católicos españoles que sean conscientes de su deber de ayudarnos para que la Iglesia no sea instrumentalizada por ninguna tendencia política o partidista, sea del signo que fuere".⁶⁸

Parece que no ha valorado debidamente la tesis del pluralismo político A. Durand, cuando lo descalifica diciendo: "La opción política de esta ideología del pluralismo no quiere confesarse como tal: se presenta como un punto de vista superior a las posiciones particulares. Sin embargo hoy en día sabemos muy bien lo que muchas veces esconde el paso a un punto de vista superior o el recurso a lo universal. En una sociedad dividida como la nuestra, el lenguaje universal se presenta la mayor parte de las veces como el modo específico de expresarse de las clases dominantes para defender su propia posición y, de manera general, es el lenguaje de todos aquellos que defienden el mantenimiento global de la

⁶⁷ J. B. Metz, *Teología del mundo*, Salamanca, 1971, págs. 180-183.

⁶⁸ Conferencia Episcopal Española, "La Iglesia y la comunidad política" (23-1-1973), núm. 32, en: I. Martín, O. c., pág. 18.

situación actual contra los cambios revolucionarios. El asunto es fácilmente comprensible: legitimar una sociedad que implica estructuralmente la explotación de la mayor parte de sus miembros por una minoría, es legitimar la posición ocupada por ésta; pero una legitimación de este tipo no puede hacerse directamente y, por ello, utiliza siempre algunos rodeos".⁶⁹

Este párrafo hace por sí mismo patente que no ha entendido bien el pluralismo político. Una jerarquía que se acomoda a esa mentalidad y táctica de la clase dominante y explotadora, no está ligada por igual a cada una de las opciones particulares que componen el pluralismo, sino que está comprometida con una y enfrentada con la otra. Esto no está de acuerdo con el respeto al pluralismo, tal como debe entenderse y tal como el mismo A. Durand lo define.

Igualmente, si la sociedad se supone dividida entre una mayoría explotada y una minoría explotadora, si ante este hecho la jerarquía mantiene una actitud neutral, no se puede decir que la jerarquía ha optado por la tesis del pluralismo político, sino que ha abandonado sus responsabilidades en la esfera del campo político que le es propia. Optar por el pluralismo político, es no participar en las luchas partidistas desde las esferas partidistas; pero es actuar en el campo político promocionando la justicia y desenmascarando sin miedos ni contemplaciones las injusticias a que se ve sometida la sociedad. Si llega el caso en que la sociedad está dividida en dos sectores, una de explotadores y otra de explotados, la jerarquía, si es fiel al pluralismo político, denunciará el hecho de la explotación y se pondrá de parte de los explotados. Si no lo hace, habrá que acusarla de inoperante e infiel a sus deberes en el terreno político; no de haber adoptado la tesis del pluralismo político. Ahora bien, si para que cumpla con su deber se le exige que se alinee en las filas de los que creen en la eficacia de las revoluciones que se consuman en veinticuatro horas, llamando las cosas por su nombre, habrá que reconocer que lo que se le pide es que se alinee en un partido concreto; pero esto, además de retirar la opción pluralista, es pedirle una opción partidista; cosa que también se le podría pedir desde cualquier otra opción ideológica. Pero esto no pasaría de ser un "volver a las andadas". Y lo que se espera hoy de la jerarquía parece que es algo más que un simple "volver a las andadas". El camino emprendido por las vías del pluralismo, parece que va a responder bastante bien a esas expectativas. Tal vez sea necesario un poco de tiempo para entrenarse por esos derroteros; pero la dirección parece que está bien tomada.

⁶⁹ *Iglesia y pluralismo político*, Estella (Navarra), 1976, págs. 26-27.